

NONASP PREHISTÓRICO

Los más viejos habitantes de esta zona atravesada por los ríos Algars y Matarranya fueron depredadores: usaron y consumieron los productos que el mundo animal y vegetal les proporcionaba, sin producir sus propios alimentos. Se alimentaban de jabalíes, ciervos, caballos, cabras montesas, conejos y aves. Vivieron penosa y heroicamente en una dura y constante lucha contra la naturaleza. Habitaron en las terrazas de los ríos o en las entradas de las cuevas y aprendieron a fabricar instrumentos cada vez más efectivos y especializados, en madera y en piedra habilmente tallada.

A esta época del Epipaleolítico entre el séptimo y quinto milenio, corresponden los yacimientos más antiguos en torno del Matarranya de la Botiquería dels Moros y Els Secans de Massalió (pinturas rupestres al aire libre), el Pontet de Maella y El Serdá y Sol de la Pinyera de Favara; y su afluente el Algars, donde está situada la Cova de l'Algars (Batea) y el abrigo de La Costalena de Maella. Todos estos yacimientos presentan el mismo tipo de lugar de ocupación: un amplio abrigo de escasa profundidad situado entre 15 y 25 metros sobre el cauce actual de los ríos, Matarranya y Algars.

Alrededor de los 5.000 años a. de C. aparece una nueva economía de producción basada en el cultivo de las tierras y la explotación de la ganadería. Es el Neolítico. Aumentaron el número de cabañas y abrigos rocosos habitados ya por grupos sedentarios. El clima había mejorado y la caza menor abundaba entre la densa vegetación; el cultivo de la tierra y el pastoreo de la ganadería encontraban las condiciones ideales. El perro fue uno de los animales que primero domesticaron, después lo hicieron con las cabras y las ovejas y, más tarde con el cerdo.

Los cereales (trigo, cebada y centeno) fueron las primeras plantas que cultivaron. Más adelante cultivaron algunas legumbres, como lentejas, garbanzos y guisantes.

En la comarca bajoaragonesa el número

de yacimientos catalogables dentro de este periodo es relativamente extenso: Botiquería dels Moros en Massalió; Mataloperro I en Caspe; Los Ramos en Chiprana; y en Maella, La Costalena y El Pontet.

En el término de Faió, a la orilla izquierda del río Matarranya, en su desembocadura al Ebro, en los abrigos bajo roca del Salt de Claret, Cova de la Fugaza y la Boquera se recogieron una lasca natural y algunos fragmentos de sílex.

A la derecha de la desembocadura del Matarranya existe el yacimiento del Cingle de la Boquera con industrias líticas y cerámicas.

También se ha producido algún hallazgo esporádico en Nonasp en la Foia d' Alcalà (partida del Moro), Pla mataller, Lo Consell, Montfalla, partida de La Capella, Los Vilars, donde se recogieron algunos módulos de sílex de entre la masa de gravas sedimentadas, sin observar en ellos huella alguna de trabajo intencionado y cerca de la Cova de la Virgen (destruida parcialmente durante la construcción del ferrocarril) donde se han encontrado piedras talladas.

Del sílex se extraían láminas finas con o sin retoques y se fabricaban hachas, puntas de flecha, puñales, cinceles, martillos, percutores, arados, mazas, picos, molinos de piedra y hojas de hoz para segar. Se utilizaba también el basalto y la pizarra, materiales traídos de otras zonas.

Las cuevas se fueron abandonando progresivamente para establecerse en campamentos que, con el transcurrir del tiempo, se convertirían en poblados. A la hora de fijar los asentamientos humanos se tenía en cuenta los ríos que eran corredores naturales que comunicaban el litoral mediterráneo con las zonas del interior.

Los fragmentos encontrados de cerámica pertenecían a vasos de barro o jarras más bien grandes para guardar los alimentos, para transportarlos y para cocerlos. La pasta estaba hecha con arcilla poco depurada y los adornos los hacían con incisiones de los dedos y las uñas. También construyeron hornos de barro para cocer los cereales.

Del Neolítico Final (comienzos del tercer milenio) existe el yacimiento de la Mina Vallferra de Mequinensa, que parece tener relaciones con los sepulcros de fosa catalanes. En dos cistas de piedra (que recubrían dos fosas previamente excavadas) se encontraron los restos de un individuo en una sepultura y un adulto y un niño en la otra. El ajuar que acompañaba a los muertos comprendía brazaletes, cuentas de piedra verde, hachas pulimentadas y triángulos de sílex.

Todos estos materiales que utilizaban los difuntos cuando vivían, estaban destinados a que los muertos hiciesen uso de ellos de la misma manera que cuando vivían. Las sepulturas acostumbraban a encontrarse agrupadas, en lugares próximos a los poblados.

La aparición de los metales corresponde a la época entre el 2500 y 700 a. de C. Esta cultura viene a través del Segre desde Cataluña. Los primeros metales que se hicieron servir para elaborar joyas, instrumentos y armas fueron el oro, la plata y el cobre.

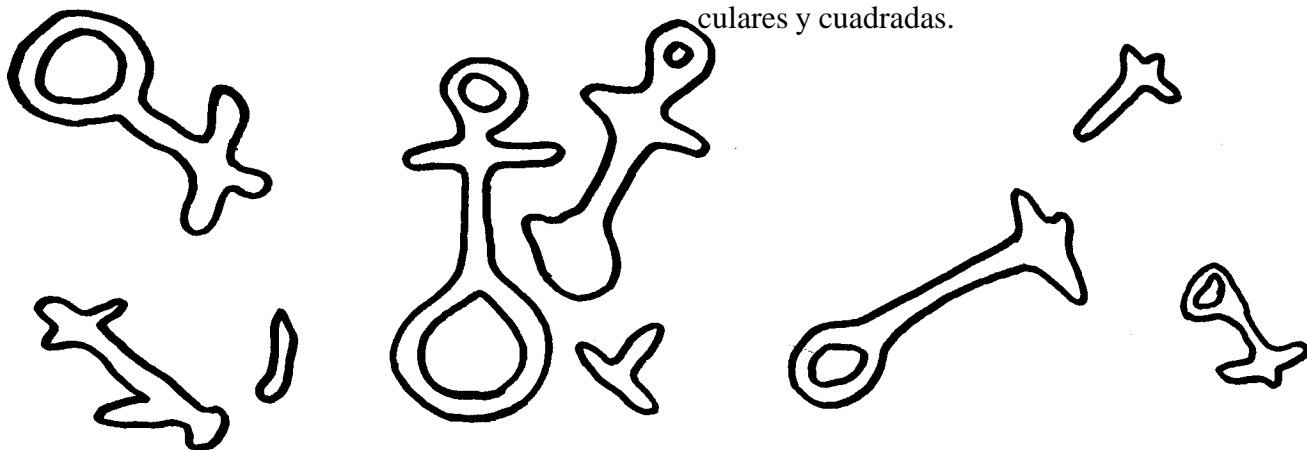
Con el tiempo hicieron aleaciones de metales para obtener unos de más duros y resistentes. Con el cobre y el estaño obtuvieron el bronce con el que se hacían herramientas de trabajo (hachas y punzones), pero sobre todo armas. Se han encontrado por esta zona anillos, molinos de mano, hojas de hoz y puñales de cobre. Se continuaron utilizando herramientas de sílex, como puntas de flecha y cuchillos; así como botones y utensilios de hueso.

En el Bronce Inicial los yacimientos líticos de superficie de la zona Algars-Matarranya se multiplican notablemente. Cabe destacar el de La Trapa, que presenta piezas de gran formato. En el

Bronce Medio, el emplazamiento elegido para estos asentamientos es siempre al aire libre: en la cima de un cerro (Tossal de Gallart), en una pequeña plataforma (Vall de Rubio) ó en el llano (La Bardina). Estos yacimientos maellanos de pequeño tamaño todos ellos, apenas presentan rasgos que permitan conocer su estructura urbanística.

El Bronce Final comienza en torno al 1100 a. de C. con la llegada de la cultura de los «Campos de Urnas» procedente de Cataluña. Se trata de gentes del centro de Europa, que incinera a sus muertos colocando sus cenizas en una urna funeraria. A esta época corresponden los yacimientos de Palermo y Cabezo de Monleón en Caspe, Masada de la Rata en Fraga, y el Roquissar del Rullo situado a la izquierda del río Algars en el camino de Favara a Batea muy cerca de Pinyeres. Tiene 160 metros de longitud por 46 de ancho y 16 habitáculos construidos sobre roca viva. Se encontró abundante cerámica, hachas, flechas y otros utensilios de bronce, moldes para fundir y piezas de telar. La fundición del Roquissar del Rullo debía de proveer a los pobladores de los alrededores de toda clase de herramientas de trabajo y de armas de defensa fabricadas en bronce.

Posiblemente de la Edad del Bronce se han encontrado unos grabados rupestres en Les Tres Roquetes (Nonasp), los cuales se localizan sobre unos bloques areniscos que coronan el montículo situado cerca de la localidad entre el río Matarranya y la Vall de Favara. Debieron hacerse por abrasión golpeando con una piedra dura. No tienen mucha profundidad. Aparecen en pequeños paneles dispuestos en posición horizontal. Interesa destacar su asociación en cazoletas circulares y cuadradas.



Grabados rupestres de Les Tres Roquetes. (Nonasp)

Este tipo de grabados aparecen en general sobre las cubiertas de los megalitos (construcción de tipo funerario), así como también sobre grandes rocas aisladas.

Normalmente se emplazaban cerca de las necrópolis (cementerios). Se supone que delimitaban lugares sagrados, pudiendo ser un altar de sacrificios. ocupaban zonas altas y cerca de los lugares donde vivían. Más adelante aparecerá el hierro (siglos VIII y VII a. de C.), que junto con el bronce se implantarán gracias al comercio de moldes de fundición y lingotes. Los asentamientos son de dimensiones considerables y aún se pueden observar restos constructivos de casas, con paredes medianeras comunes, conservándose el arranque de los muros que forman estructuras de tendencia rectangular formados por aparejo de piedra escuadrada. Existía una calle central y diversos sistemas defensivos a base de muros que facilitaban la dispersión y extensión del poblado desde las zonas montañosas al llano. Estos poblados lo fueron sin interrupción hasta los tiempos de la cultura ibérica y la romanización.

Poco a poco se fue incrementando la superficie cultivada y se generaliza la presencia de asnos y caballos, utilizados como animales de transporte. El caballo, gracias a su movilidad, también se hacía servir con finalidades guerreras. Se perfeccionó la cerámica con la construcción de recipientes de mayor dimensión y se desarrolló la cestería. Utilizaba los refugios para enterrar a los muertos en simples fosas excavadas, individuales y colectivas. De los poblados de esta época hay que destacar el del Roquissar del Rullo (Favara), Azuda y Santa Bárbara (Maella) y La Tallada (Caspe).

Manolo Freixa Bondia